

¿Cómo es posible que tan tremenda desgracia caiga sobre esta nación? Esta es la pregunta que la mayor parte de nosotros nos hacemos cuando nos dignamos prestar al asunto un momento de atención. Y la confiante seguridad que entraña, demuestra que hemos llegado a un estado de ánimo parecido al que ha llevado al desastre a otros pueblos que la diosa Fortuna había adulado mucho tiempo con sus sonrisas. Hay que escarmentar en cabeza ajena. Aun ahora que la nación está saturándose de males sociales y políticos; aun ahora que gemimos bajo las garras del Privilegio en el interior, y en lo exterior nos hemos convertido en potencia conquistadora e imperialista, referimos, con tranquila confianza en el porvenir, cómo hemos resuelto todos los problemas que se nos han presentado en el pasado. Hablamos de que tenemos que desempeñar un papel en los grandes sucesos mundiales, para el cual estamos predestinados, hablamos del destino; acariciamos un vivo sentimiento de fatalismo optimista; nos lisonjea decir que estamos reservados para empresas supremas; que nuestra marcha es de frente, sin desviaciones ni retrocesos; que tenemos que llevar la espada de la paz y la antorcha de la civilización a naciones turbulentas y atrasadas; que tenemos que dirigir el progreso de la Humanidad.

Así sustituimos la vigilancia, por la vanidad y por la archisoñadora confianza en nosotros mismos, las cuales tuvieron aletargados, hasta que la hora y el espíritu de salvación desaparecieron para siempre, a muchos pueblos que nos han precedido.

### CAPÍTULO III

#### CIVILIZACIONES QUE NOS HAN PRECEDIDO

A la puesta del sol salta el viento sudeste; sopla libremente de popa e infla las velas. El barco adelanta veloz. Al doblar el cabo Sunium y entrar en el mar Sarónico, Atenas—la soberbia, la imperiosa, la querida Atenas,—aunque dista más de veinte millas, brilla a través de la diáfana atmósfera. Allá en lontananza, suave y plácida, está erizada de templos, coronada de violetas, la ciudadela de la ciudad. Allí se destaca el immaculado Partenón y, junto a sus columnas y su ático, centellean como antorchas el casco dorado y la punta de la lanza de la colosal diosa Athenas Promarchus, «la que combate en primera línea». Detrás de la ciudad está el Monte Himeto, «bañado en violetas» a la puesta del sol. Después, según el velero avanza, va descubriendo el rosáceo Monte Pentélico, y después el Monte Licabeto, como en el resplandor de un horno.

¡Cómo el corazón del viajero late y palpita al contemplarlo! Jamás su ciudad natal le pareció tan radiante, tan majestuosa, tan inspiradora, tan favorecida por el cielo. A su regreso de viajar por todo el mundo civilizado, comprende que en arte, en hechos de armas y en inteligencia Grecia está a la cabeza. Y Grecia está guiada por Ática, así como Ática está dirigida por Atenas, la señora del mundo.

Es la edad de oro de Pericles: Grecia dicta la civilización. Considérese a Atenas solamente, y ¿dónde está la Nación que pueda compararse con ella? ¿Qué escultura puede rivalizar con la de Fidias y Praxiteles; qué pintura con la de Polignoto? ¿No es la arquitectura de Ictinio y Calícrates la desesperación del mundo? ¿No ha llegado el arte poético a su apogeo con Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes? ¿Dónde encontrar oradores como Demóstenes, Esquines, Isócrates y Lisias; historiadores como Tucídides y Jenofonte? ¿Qué capitán, entre los vivos, ha aventajado en genio militar a Milcíades o a Nicías; qué memoria humana puede olvidar a Temístocles en el combate naval de Salamina? ¿Dónde, en cuanto la civilización abarca, hay estadistas comparables con Pericles y Cimón? ¿Dónde los dioses han elevado la filosofía y la moral a la altura que la pusieron Sócrates y Platón? ¿Qué sabio hubo comparable con Aristóteles?

Todos estos hombres son ciudadanos del estado de Ática. Otros estados griegos tienen hijos cuyos nombres son gloriosos en el arte, en la ciencia, en la literatura, en la política, en la milicia, en la filosofía y en la moral. ¿No es la inteligencia la que gobierna al mundo? ¿Cómo entonces puede fracasar la supremacía griega? Civilizaciones ha habido que se marchitaron y desaparecieron; pero, con tal constelación de genios, ¿cómo puede detenerse el progreso griego?

De este modo, con natural orgullo, pudiera haber razonado el viajero griego anheloso por llegar.

Y aun entonces, con todo su esplendor deslumbrante, Grecia, y Atenas particularmente, eran una estatua con la cabeza de oro y los pies de barro. Una aristocracia tenía como propiedad privada el suelo y todos los elementos de producción. La masa de la población se componía en parte de esclavos y en parte de hombres libres, pero dependientes, que tenían que competir con los esclavos para ganarse la subsistencia. La sociedad estaba dividida en clases que se odiaban: las que poseían privilegios especiales y las que no los poseían; unas disfrutando de la riqueza apropiada, otras

trabajando en la pobreza. Platón las llamaba «corderos y leones».

«Aun los atenienses pobres tenían uno o dos esclavos, dice el profesor Mahaffy en su *Introducción Crítica a la Historia de Grecia*, de Duruy. Eludían las molestias de todo trabajo corporal, penoso y degradante; así que el ateniense.... era formalmente aristócrata y demócrata a la vez. Perteneía a una minoría exigua que gobernaba una población mucho mayor».

Y así como eran el Ática y Atenas, así era toda la Grecia. Estaba organizada en estados democráticos; pero cada uno de los estados tenía una parte sometida y otra parte libre. Cada uno constituía una democracia imperial, donde había efectivamente una ciudadanía igualitaria y libre, pero donde por bajo de esa ciudadanía había una masa de esclavos que cultivaban los campos, trabajaban en los talleres y se ocupaban en las labores humildes.

Aristóteles, el genio más preclaro de la antigüedad, relegaba todo el trabajo manual a los esclavos, a los cuales llamaba «las máquinas vivientes que posee el hombre»; en tanto que Platón, maestro de Moral, en su disgusto por la guerra de facciones en la clase superior, o de ciudadanos, por dominar en el Estado y disponer de las facultades de conceder privilegios, dejaba de concurrir al Ágora, al Senado, a los Tribunales, y no intervenía en las leyes, decretos, partidos políticos ni candidaturas. Como pone en boca de Sócrates en el «Theætetus», y propone en otra parte, quisiera que el Estado fuera gobernado por «los señores de la filosofía».

Esto no era democrático. Es la idea teocrática. Era la rebelión contra las cosas que los penetrantes ojos del filósofo moralista veían en su derredor: abajo, una muchedumbre tan degradada que no parecía de seres humanos; encima, los miembros de una clase directora a la greña entre sí por el poder y las riquezas.

Esta clase gobernante, no contenta con mandar en su país, buscaba mandar en el extranjero. Se empeñó en gue-

rras exteriores y extrajo la mejor sangre de Grecia para fundar colonias y subyugar territorios. Grandes ingresos venían desde fuera a llenar las arcas de ciudadanos particulares, mas con todo eso Grecia cada vez era más débil. Su población esclava y dependiente iba en aumento, mientras que sus ciudadanos libres, que en otro tiempo habían llevado sus armas tan gloriosamente contra las huestes del Gran Rey, se iban diseminando más y más en todas direcciones.

¿De qué sirvió toda su civilización, todo su adelanto? El profesor Mahaffy dice:

«Queda el hecho de que, la más alta educación, no es todopoderosa para producir el orden interno y la paz externa. Parece como si hubiera una tensión nacional ejercida por una democracia conquistadora e imperialista, cuyos miembros pueden soportarla durante una o dos generaciones, pero que no puede ser duradera. Las dulzuras de la acumulación de riquezas y del bienestar interior llegan a ser tan deliciosas, en una sociedad civilizada y agradable, que las clases superiores pierden la energía..... Hay en las clases cultas una tendencia natural a no mezclarse en la política y dejar que las leyes vigentes sigan funcionando. De aquí que se abandone el campo de la política a las clases más pobres, más necesitadas y más descontentas, las cuales convierten la política en medio de obtener gloria y provecho, y ponen manos a la obra a fin de perturbar el Estado de modo que satisfagan a sus secuaces y obtengan con qué satisfacer la ambición propia. Para tales personas llega a ser una necesidad ya una guerra afortunada con los vecinos, ya un ataque a las clases acomodadas. Hasta la democracia ateniense, cuando escaseaban los fondos y amenazaban los altos impuestos, recibía con satisfacción delaciones contra los ciudadanos ricos, en la esperanza de que pudiera reponerse el Erario por medio de confiscaciones» (1).

Desde luego que, cuando el historiador habla de «clases», se refiere a las facciones entre los ciudadanos. No incluye a los esclavos, la mayoría de los cuales habían sido hombres libres hechos prisioneros en la guerra, y entre ellos muchos

(1) Introducción Crítica a la *Historia de Grecia*, de Duruy, pág. 75.

eran tan blancos como los mismos griegos. Cuando habla de las «clases descontentas» quiere decir aquellos elementos entre los ciudadanos que no disfrutaban de todos los privilegios reservados a otros ciudadanos. Las facciones de la clase privilegiada luchaban entre sí por los privilegios y por las riquezas que de ellos se derivan. Hasta en época tan temprana como la de los inolvidables días de Salamina y Platea, «ciudadanos ricos» hubo dispuestos a vender la libertad general al Gran Rey para asegurar su «propiedad» y la paz para disfrutarla. Como las clases privilegiadas de todas partes, se hicieron culpables de una larga serie de actos traicioneros contra la libertad, tal como ella era: aquella estrecha libertad de clase, que fue la única especie de libertad que Grecia conoció jamás.

A través del tiempo y a la luz de lo ocurrido, *nosotros* podemos ver cómo fue imposible para la nación griega conservar su posición separada e independiente en el mundo. Pero, ¿pudieron comprenderlo los griegos mismos cuando irradiaba su gloria y los frutos de ella?

Contémplese en las llanuras de Olimpia los juegos celebrados cada cuatro años en honor de Zeo. Bajo un cielo despejado y transparente aparece el gran estadio de un noveno de milla de longitud, atestado de innumerables peregrinos de todos los Estados de Grecia y sus colonias, y con viajeros venidos de distintas partes del extranjero.

Sólo a griegos nacidos libres y de apellido immaculado se permite tomar parte en las luchas. Cada Estado envía lo más florido en agilidad, en fuerza y en belleza. Un rumor de aclamación saluda al carro, de seis caballos, victorioso; el juez, solemnemente, entrega el premio—que no es dinero, ni terrenos, ni siquiera una diadema de pedrería: es, sencillamente, una corona de ramas de olivo para la cabeza del vencedor y una palma para que la lleve en la mano.—De todos los trofeos de la Tierra, éstos son los más estimados; si el vencedor es espartano, Esparta le añadirá otro honor, que es el supremo: el puesto de mayor peligro en su primera guerra. Los

griegos más altivos combaten por la gloria de transmitir a su más remota descendencia trofeos ganados en los juegos olímpicos.

Detened a cualquiera de los que salen de los juegos; preguntadle si cree que Grecia tiene contados sus días de independencia. De fijo que os mirará con desdén y seguirá su camino.

Volved y encamináos al sagrado soto: al soto cercado por Hércules, que encierra entre los mejores edificios sagrados el templo de Zeo, con su maravillosa estatua de oro y marfil, esculpida por Fidias. Id sino a los sitios tranquilos donde cantan los poetas—¡y qué poetas!—o donde los historiadores narran las heroicas hazañas de los pequeños Estados, o donde en pequeños grupos se discuten los intrincados sistemas filosóficos. Coged a cualquiera de ellos por la túnica y, hablándole con desparpajo, atrevéos a decirle que ¡Grecia, al cabo, puede sucumbir ante otros pueblos más libres! ¿Qué pensaría ese sujeto del que tal cosa dijera? Que había perdido el juicio. Lo mismo que esperar ver el Alfeo remontar su curso hacia su manantial o el Monte Felón arrojarse por sí mismo al mar, sería para él creer en la posibilidad de que cayera ¡la incomparable Grecia!

Y no obstante haber llegado a tales alturas de sabiduría, de riqueza y poderío, Grecia, conducida por Atenas, declinó y cayó. La razón es sencilla. La ley de la civilización es la asociación en condiciones de igualdad. No es una ley hecha por el hombre, es ley natural, y tan inexorable como las otras leyes de la Naturaleza. La Nación que no la cumple está cortejando su muerte. No importa el grado de riqueza en bienes materiales que una sociedad pueda tener ni lo rica que pueda llegar a ser. Sus unidades deben ser iguales; siéndolo se elevarán armónicamente de plano en plano; cada eslabón de la cadena quedará unido al inmediato y todos soportarán el mismo esfuerzo. Ésta es la ley del progreso humano.

Mas cuando en una sociedad aparece la desigualdad, la sociedad no se desarrolla. Los eslabones sufren alteraciones

correspondientes en su resistencia: unos se fortalecen, otros se debilitan. El desconcierto impide la armonía. La aristocracia y el populacho sustituyen a la democracia general, adelantada y serena. El Estado se precipita en suicida destrucción o viene a ser una presa abonada para los conquistadores de fuera.

El pueblo griego era en parte libre y en parte esclavo. No había armonía social general; las clases se odiaban; los pies de yeso padecían bajo la cabeza de oro. Pronto, muy pronto, Grecia fue dominada por aquéllos a quienes despreciaba por bárbaros. Se inclinó al yugo de conquistadores sucesivos, y la gloria de su civilización pasó como herencia gratuita a otros pueblos más libres.

Si la sin par Grecia sucumbió, ¿escapará de esa suerte la Nación Americana? Nosotros tenemos escuelas públicas, Prensa periódica y derecho electoral masculino; tenemos muchas más instituciones democráticas. Sin embargo, Francis Galton, el eminente antropólogo, asegura que la capacidad media intelectual de la raza ateniense estaba con la de la raza anglosajona en la misma relación de superioridad que la de ésta con la del negro en África. Si el gran progreso intelectual no pudo salvar socialmente a Grecia por desigual, ¿cómo podrá salvar a esta República, que está ensanchando el abismo social?

La esclavitud, como propiedad, no existe entre nosotros; pero existe la esclavitud industrial, cada día más extensa y más arraigada. Pues los dueños del suelo y de los medios de transporte, los que imponen tributos, son de hecho los amos de los que tienen que depender de esas cosas. La centralización va concentrando esos privilegios en muy pocas manos, y la real, aunque indirecta esclavitud, que es su consecuencia, es más despiadada que la antigua esclavitud, porque se ejerce por medio de la encarnizada competencia de las masas, que se disputan las colocaciones que el Privilegio domina.

Tanto temen muchos no encontrar otros medios de subsistencia, si los que tienen llegaran a faltarles, que se ven re-

ducidos a una situación de dependencia lastimosa y completamente antiamericana. Puede decirse de ellos que van con su ocupación, como iban los siervos con la tierra que labraban. En este sentido les cuadra bien la descripción de Aristóteles: «Las máquinas vivientes que un hombre (el poseedor del privilegio) posee».

Porque verbalmente aceptamos principios democrático-republicanos, creemos que somos republicanos demócratas y que como tales obramos. También los griegos proclamaban principios no menos amplios ni menos profundos. Sirva de ejemplo esta oración fúnebre, que se atribuye a Pericles:

«El Gobierno republicano no siente celos ni enemistad con otras instituciones. No queremos imitarlas, preferimos servir las de ejemplo. Es cierto que nuestra constitución es democrática porque está inspirada en el interés de todos, no de algunas clases privilegiadas..... Pero mientras que nuestra ley es de perfecta libertad para que cada ciudadano viva tan libremente como le convenga, estamos sujetos con los vínculos de la lealtad al Derecho común, que reverenciamos como la voz de la República..... Para decirlo con una sola palabra, podemos enorgullecernos de que nuestra República es la escuela de civilización del mundo. Cada ciudadano de nuestra República tiene libertad de emplear su persona en las más distintas formas de la actividad humana, cambiando de ocupación como le parezca con todo desahogo. Estas no son palabras huecas, sino verdades y hechos; que son verdades lo prueba la espléndida posición que nuestra República tiene hoy en el mundo. Dentro de nosotros hay una fuerza latente que siempre nos eleva más altos aun que lo que nuestros vecinos esperan vernos».

Siendo dueña de los medios de ganarse la vida, la clase privilegiada tiene que ser la dueña de todo lo demás. Por libres e iguales que sean las instituciones políticas, una desigualdad tal divide la sociedad en lo que llamaba Platón «corderos y leones». En el curso ordinario de la política nos pasa ahora lo que el profesor Mahaffy decía de Grecia, que «una minoría pequeña gobierna a una población mucho mayor».

Los procedimientos difieren de los empleados en Grecia; pero el resultado práctico tiene que ser el mismo.

¿Es que no hay aquí, como había en Grecia, una «tendencia en las clases cultas a no intervenir en la política», dando a entender que se abstienen de intervenir como simples ciudadanos? ¿Cuántos son los muy acaudalados que votan? Su influencia, muy a menudo, se manifiesta por medio de subvenciones para las luchas electorales y por el dominio de los organismos políticos, que es el Gobierno de la corrupción. En cuanto a las «clases educadas», que sienten repugnancia por un Gobierno de esa naturaleza, tratan de alejarse de él huyendo de la política. Cada día son más los ciudadanos americanos de posición desahogada que no ejercen el derecho de sufragio; los periódicos de los partidos lamentan que se deje de votar por jugar al golf, por los deportes marítimos o por las fiestas de sociedad. No son pocos, entre los que así abandonan su deber, los que dicen que el sufragio de todos los varones ha sido un fracaso, que Thomas Jefferson fue un «teórico iluso» y la Declaración de Independencia falaz al consignar derechos «iguales e inalienables». Por otra parte, siempre están dispuestos a disculpar cualquiera medida de Gobierno por revolucionaria que sea y la introducción de precedentes, aunque sean reaccionarios, como el fin sea conservar «la propiedad».

Grecia sucumbió, no por falta de verdadera democracia en su organización política, sino a causa de su desigualdad social. Una colectividad de miembros, iguales socialmente, puede rápida y fácilmente cambiar lo que no convenga a sus necesidades. Grecia cayó porque socialmente estaba, como decía Voltaire de la Francia anterior a la Revolución, «podría antes de estar madura». En su población había algunos tan altos, intelectual y materialmente, como el Olimpo; pero las masas estaban sumidas en las negras aguas del río Estigio. La causa de esas desigualdades sociales fue el Privilegio, que degradó la política interior e hizo de la Nación una «democracia conquistadora e imperialista» en la exterior.

¿Es que el Privilegio, entre nosotros, no está haciendo transformaciones por el estilo? ¿No ha degradado nuestra política interior? ¿No está convirtiéndonos en «democracia conquistadora e imperialista» en el extranjero?

No resulta menos inquietante la comparación de nuestros resultados y tendencias con las circunstancias que acompañaron en su caída a la Roma Imperial. Salustio, en su *Historia de la conspiración de Catilina*, poco antes del encumbramiento de César, compara la sencillez material y la grandeza moral de la primitiva Roma con la acumulación de riquezas, el botín ensangrentado, la aparatosa profusión, el pródigo despilfarro y la bajeza de la moral pública y privada de su tiempo:

«Para apreciar la diferencia entre las costumbres modernas y las antiguas, basta ver las casas de los ciudadanos particulares, tanto en la ciudad como en el campo, todas comparables en magnificencia a otras tantas ciudades; contémplese luego los templos de los dioses construídos por nuestros antepasados, los más religiosos de todos los hombres. Estos no pensaban en otro ornamento para sus templos que no fuera la devoción, ni para sus casas más que en la gloria; tampoco tomaban del vencido más que el poder de causar daño. En tanto que sus descendientes..... han despojado a sus aliados, con la más flagrante injusticia, de todo lo que sus bravos antecesores dejaban a sus enemigos vencidos, como si el único uso de la fuerza fuese el hacer mal. No hay para qué volver a contar cosas que sólo los que las presenciaron creerían: como el desmonte de montañas por ciudadanos particulares y hasta la construcción de hermosos edificios en el mismo mar. A mí me parece que esos hombres toman a juego sus riquezas, puesto que las derrochan del modo más descarado en vez de disfrutarlas con honor. Tampoco se privaban de los deleites más costosos. Hombres y mujeres prescindían en absoluto de toda idea de castidad; para conseguir manjares caprichosos para sus festines entraban a saco en la tierra y en el mar; provocaban el sueño como placer, se estimulaban el apetito y la sed en su insaciable afán de goces sensuales y jamás llegaron a saber lo que es sentir frío o calor. Los jóvenes romanos, cuando habían dilapidado su fortuna, se veían impulsados por las privaciones a cometer enor-

midades de todo género; pues su mente, llena de malas ideas, e incapaz de resistir a sus voraces apetitos, se entregaba violentamente a las mayores extravagancias y no reparaba en los medios de obtener recursos para proporcionárselas».

Esto lo escribió Salustio antes de que empezara la Era cristiana. Revelaba la marcha de la Nación hacia los tiempos turbulentos y asoladores que engendraron al primero y más grande de los Césares. Demostraba a qué estado había descendido Roma antes de que cambiara su toga republicana por la diadema y la púrpura imperiales.

El testimonio es de mayor fuerza, porque probablemente fue escrito por Salustio antes de que él mismo se doblegara a la injusticia y a la concupiscencia. En la miseria, puede decirse que no tuvo quien le ayudara fuera de su talento. El talento por sí, sin privilegio alguno especial, de nada servía en este período de la historia de Roma. Filósofos, poetas, hombres de ciencia, artistas, arquitectos e ingenieros, se encontraban entre los prisioneros de guerra reducidos a esclavitud. Salustio se vió acosado por la pobreza y aguijoneado por la sensualidad. La esperanza de un cambio político y social en sentido favorable se amortiguó en él. Habiéndosele confiado el gobierno de la provincia africana de Numidia, hizo una gran fortuna, para lo cual fue opresor y concusionario. A su regreso a Roma construyó una villa en la colina Pinciana, cuyo lujo motivó que después fuera la residencia de los Emperadores. En los alrededores hizo jardines que, por su belleza, fueron la admiración de las generaciones sucesivas.

En efecto, Salustio dijo: «Para ver la diferencia entre el presente y el pasado no hay más que contemplar las casas de algunos ciudadanos particulares, lo mismo en la ciudad que el campo, y compararlas con los templos y con las fortunas de los padres de la República». ¿No podríamos nosotros, los de esta Nación, hacer una comparación semejante, que no dejaría de ser provechosa? ¿No es un hecho que algunos de nuestros conciudadanos viven más como monarcas corona-

dos que como ciudadanos de una república democrática? Aquí, como en el mundo romano, ha habido una gran concentración de riqueza. Si los romanos se hubieran expresado en el estilo moderno, no hubiera faltado entre ellos quien dijera: «Los dioses, en su sabiduría infinita, han puesto la facultad de producir y de apropiarse la riqueza de este imperio en manos de hombres piadosos para que miren por todos los demás».

Tal fue la concentración de la riqueza en tiempo de Julio César que, en Roma, de 450.000 ciudadanos, 320.500 vivían a expensas del público, sin contar la multitud de libertos y esclavos que estaban por bajo y no eran ciudadanos. El tribuno Phillipus dejó consignado que «sólo hay en Roma 2.000 individuos que poseen algo».

¿Cuál fue la causa de esto? Plinio la condensó en una frase, *Latifundia perdidere Italiam*, que significa: «Las grandes propiedades han arruinado a Italia». No solamente los pequeños propietarios han sido absorbidos, sino grandes extensiones de terrenos públicos han sido cogidas por los nobles «Los poderosos de nuestro tiempo, se lamentaba Columella, tienen posesiones tan grandes que en un día entero no pueden recorrerlas a caballo». Una antigua inscripción italiana demuestra que un acueducto de nuevemillas atravesaba la propiedad nada más que de seis dueños. En el siglo iv, el mal de los grandes Estados se había extendido a las provincias; los latifundios habían absorbido en todas partes las pequeñas propiedades. Entre once poseían la provincia de África y ochenta y tres todo el territorio de Leontini, en Sicilia.

Así que los pequeños terratenientes, los labradores independientes que habían formado el músculo y el nervio de las legiones romanas en los primeros días de la República, se vieron despojados de sus fincas y obligados a convertirse en arrendatarios. Las rentas eran ruinosas y, viéndose atrasados primero e insolventes después, acabaron por parar en *coloni* o siervos. En el texto de la ley eran «esclavos de la tierra». O también, eludiendo la carga abrumadora de la renta e im-

puestos, los pequeños labradores buscaban empleo al servicio de los grandes propietarios en degradante competencia con los esclavos, llamados por Varro *instrumentum vocale*, o se a «la especie de instrumentos de labranza con habla», y que el gran griego Aristóteles había llamado «las máquinas vivientes que posee el hombre».

La usura, en formas muy diversas, se ejercía por la clase dueña del terreno. El interés era de veinte por ciento en adelante, y las penas por insolvencia, la esclavitud o la muerte.

Había más aun. El monopolio del comercio estaba reservado a unos cuantos, pocos relativamente. El ejercicio del derecho de comercio libre (*jus commercii*) estaba restringido en favor de los ciudadanos romanos. A las naciones aliadas y subyugadas se las prohibían las relaciones comerciales más allá de sus respectivos territorios. Este monopolio comercial proporcionó enormes riquezas a un pequeño número de personas, que al principio no eran nobles, pero que compraban vastos estados e inmediatamente eran admitidas en la nobleza. Una de ellas se jactaba de tener más dinero que «tres reyes juntos». Rabirio no tuvo dificultades para prestar a un Príncipe fugitivo 100 000.000 de sestercios (unos 4.500.000 dólares), y Didio Juliano dió, según se ha calculado, de 12 a 18 millones de dólares a la Guardia Pretoriana para ser Emperador.

¿No estamos empezando a tener muchos puntos de semejanza con estas cosas?

Mr. Andrew Carnegie, después de haber dado para construir bibliotecas públicas y para otras cosas 100.000.000 de dólares, tiene probablemente más de veinte veces la cantidad que pagó Juliano por la púrpura.

¡Sólo al cuatro por ciento de interés, con lo que produce la fortuna que se calcula a Mr. John D. Rockefeller, se hubiera podido pagar dos o tres veces lo que costó la púrpura!

Once hombres poseían la provincia de África. Media docena manejan y prácticamente poseen los ferrocarriles y los yacimientos de carbón y petróleo del Estado de Virginia Oc-

cidental. ¿Es que no hablamos ordinariamente de este o aquel individuo, o de esta o aquella combinación de sociedades, como poseyendo tal y cual ciudad, condado o Estado?

«Los grandes Estados han arruinado a Italia». Y los Estados, mayores todavía—millas y millas cuadradas de terrenos de labor, de regiones forestales, de yacimientos mineros, y las inmensas y crecientes propiedades en villas y en ciudades,—¿contribuyen a la salud y prosperidad de esta República?

El *ager publicus*, o tierras comunales romanas, fueron en su mayor parte cogidas por los nobles romanos. ¿No ha pasado a manos de grandes especuladores y de sociedades de una o de otra clase lo que quedaba aprovechable de nuestros ilimitados bienes públicos?

Los impuestos onerosos, las rentas exorbitantes y las deudas acabaron con la pequeña propiedad y engrosaron los latifundios por todo el Imperio Romano. Las grandes Sociedades de crédito de Nueva York, Boston, Chicago y otras ciudades, ¿no han llenado de hipotecas el territorio occidental y no se le están absorbiendo por medio de ejecuciones?

El *jus commercii* sirvió a unos pocos ciudadanos romanos para acumular inmensas fortunas. Nuestra legislación arancelaria, ¿no concentra el comercio y la industria en unas pocas manos favorecidas?

Los 4.500.000 dólares que Rabirio pudo prestar en breve plazo, serían un préstamo pequeño para algunos ciudadanos como Stillman, Clarke o Ryan; durante una comida, Mr. Morgan concertó el plan que, al cabo de unas semanas, produjo el Trust del Acero, de 1.400.000.000 de dólares.

¿No tenemos palacios de particulares que recuerdan los techos dorados, las columnatas, los baños, las estatuas de bronce, alternando con oro y plata, de la «Casa Dorada», que hubo en otro tiempo sobre el Monte Palatino, donde el Emperador Nerón gobernaba en toda la plenitud de su soberbia: la Casa Dorada, dentro de la que la hermosa Poppeya encantaba a los amos de la Humanidad?

Tampoco nos diferenciamos de los romanos del Imperio en lo tocante a la conservación de la caza. Para criarla y cazar convertían en soledades terrenos extensos, que la agricultura hubiera podido hacer productivos y agrupar la población en alegres aldeas. Con toda nuestra riqueza de terrenos improductivos, las aldeas y los pueblos van desapareciendo de algunas partes de las montañas de Adirondack, en la parte alta del Estado de Nueva York, y determinadas comarcas al Oeste del Mississippi están quedando sin más habitantes que los guardas para que haya caza abundante, solamente por necio orgullo e insaciable concupiscencia.

Si entre nosotros no hay, como había en Roma, grandes fortunas nacidas de la conquista, podemos ver la equivalencia en las que rápidamente nacen del movimiento de centralización y de la agresión al extranjero.

Nuestros medios de producir riqueza son más con mucho que los que disfrutaban los antiguos. Con la distribución equitativa que resultaría de la observancia de la igualdad de derechos, nuestro pueblo, en general, podría vivir y viviría con desahogo y en paz; pero los privilegios especiales impiden que la distribución de la riqueza sea equitativa. Mientras los privilegios roban a los más, amontonan en manos de unos pocos particulares y de sociedades fortunas muchísimo mayores que las que poseyeron los señores del mundo romano. Tenemos entre nosotros Príncipes del Privilegio que tienen sobre sus conciudadanos un poder tan imperioso como el que tenían aquellos antiguos maestros de la civilización que discutían en el Foro la política mundial, disertaban sobre filosofía en los pórticos de Octavia, consumían sus ocios en las Termas de Caracalla, presenciaban humanas carnicerías en el Teatro de los Flavios o se recreaban hasta altas horas de la noche en los banquetes de Lúculo, rodeados de fuentes por las que corrían perfumes mientras cantaban los poetas, sonaban las arpas, referían los historiadores hazañas de la antigüedad o desfilaban vaporosas en la danza muchachas enguinaldadas.



Para los que pertenecieran a las clases privilegiadas de Roma, el aspecto exterior de las cosas les parecería bastante bien. «Pues, dice Froude en su *César*, aquella edad era de civilización material, de libertad cívica y cultura intelectual; edad de libelos y epigramas, de banquetes y fiestas de salón, de mayorías senatoriales y de corrupción electoral. Los altos cargos del Estado, teóricamente, eran accesibles hasta para los ciudadanos más insignificantes; pero de hecho estaban reservados para los que tenían el bolsillo más repleto o la lengua más expedita en las plataformas públicas».

¿No nos coge todo esto de medio a medio, después de haber vivido como Nación un siglo y cuarto?

El nombre de Mecenas, el gran Ministro de Estado bajo Augusto, es sinónimo de protector de la literatura. Él era el anfitrión y amigo de los poetas; por su generosidad y estímulo, Virgilio y Horacio, Propertio y Domicio Marso, florecieron con encanto y deleite del mundo culto de aquellos días. Mecenas lo hacía con riquezas emanadas de privilegios conferidos por el Emperador. En algunos respectos fue una figura precursora de la de nuestro compatriota Mr. Andrew Carnegie, que obtiene de los privilegios concedidos por nuestras leyes una renta capaz de exceder en diez veces la munificencia del Mecenas romano.

Quizá haya entre nosotros quien, para comprender la exactitud de una semejanza histórica, necesite la repetición de las circunstancias exteriores; no acostumbramos a tomarlas en cuenta. Mas no hay verdad impresa con tanta claridad en las páginas de la Historia, como la de que los cambios sociales y políticos de más importancia y más duraderos suelen hacerse sin violencia en la exterioridad. La transición de una forma de Gobierno democrático-republicana en imperio no necesita, para ser real y efectiva, de un dramático *coup d'état*. El cambio que ocurrió en Roma no lo fue. Augusto llevó a cabo la transformación, pero no como revolucionario: fue como para conservar las antiguas instituciones, que iban cayendo en descrédito; no gobernó ostensiblemente como au-

tócrata encumbrado por sí mismo y enemigo de las leyes; protestaba de que su deseo no era destruir, sino conservar; fingió asustarse de las responsabilidades y deberes, y, con aparente repugnancia, consintió en que se le confirieran temporalmente varias facultades, de modo que fuera en sus varias funciones la encarnación de la Ley. Se arregló para ser Cónsul, Tribuno, Censor, Pontífice Máximo, Jefe Militar y Dictador, todo a la vez. Estas diversas atribuciones no violaban las antiguas formas y fueron concentradas en su persona bajo la excusa de que él podía así asegurar «la paz» y «el orden», y amparar «los derechos» y «la propiedad». Solía recordar al público que había aceptado esas responsabilidades y ese trabajo temporalmente y, en efecto, una vez abdicó. Pero los que tenía a su alrededor temblaron y la gente de por fuera quedó como aterrada, hasta que, con gran alarde de penosa sumisión al llamamiento del deber, reasumió los poderes. Hasta el final de su larga vida declaró su respeto al Senado, cuando este Cuerpo legislativo verdaderamente se doblegaba ante el dueño de las legiones. Siempre reconoció que era el servidor del pueblo romano, pero este pueblo era ya indiferente o incapaz de exigirle responsabilidad.

Era un régimen nuevo, bajo las formas antiguas, que introdujo el Imperio aparentando conservar la República. Sucedió lo que tenía que suceder. El Imperio descansaba, no en la libre voluntad del pueblo, sino en las espadas de los soldados; los soldados descubrieron el secreto y se le apropiaron para su uso. Hablando del asesinato de Galba y de la proclamación de Otón como Emperador, dice Tácito: «Dos soldados vulgares tomaron a su cargo transferir el Imperio del pueblo romano y lo consiguieron..... Las paredes y los templos de las inmediaciones estaban atestados de espectadores de este triste espectáculo; sin embargo, no se oyó ni una voz de protesta de la mejor clase de la población ni siquiera del populacho». Después vino Vespasiano con los veteranos de Palestina a derribar la corta usurpación de Vitelio y a fundar la dinastía Flaviana. La lucha continuó hasta dentro de la

misma Roma. «El populacho, dice Tácito, permanecía cerca y observaba las peripecias del combate y, cual si fuera una lucha pantomímica, animaba con sus gritos y aplausos primero a los de un partido y luego a los del otro. Cuando uno de ellos retrocedía, vociferaban que había que sacar y matar a los que se habían escondido en las tiendas o refugiado en casas particulares, y ellos eran los que más partido sacaron del botín; porque, mientras los soldados se ocupaban en matar y destruir, las turbas se dedicaban al saqueo».

Estas turbas se componían principalmente de ciudadanos romanos y de esclavos. ¡A qué rebajamiento había llegado el altivo nombre de ciudadano romano: al de ser meros buitres de campo de batalla!

No es que a los romanos les faltara una buena legislación. De cuantos pueblos conocemos, ninguno tuvo tanto sentido jurídico; fueron los legisladores de las Naciones que les han sucedido.

Tampoco les había faltado en un principio el sentido moral; le tuvieron en alto grado. Al principio fueron, como dice Salustio, «los más religiosos de todos los hombres». Froude dice en su *César*: «Edificaban templos y ofrecían sacrificios a las virtudes humanas más excelsas: al Valor, a la Verdad, a la Buena Fe, a la Modestia, a la Caridad, a la Concordia».

«En estas cualidades consiste todo lo que eleva al hombre sobre los animales, con que tiene tanta semejanza. En ellas, por consiguiente, había que buscar el eslabón que le unía con la Divinidad: así que las cualidades morales eran miradas como influencias divinas que daban a la vida significación y mérito. Las «Virtudes» fueron elevadas a la categoría de seres y la desobediencia a ellos se castigaba como delito, y los temores supersticiosos, que tan frecuentemente degeneran en perniciosas idolatrías, se catalogaban con la conciencia como servidores del Bien..... La moralidad, así embebida en el carácter nacional y encauzada hacia la actividad, crea fuerza, como ninguna otra cosa la crea. La dificultad en obrar bien no estriba en saber lo que debe hacerse, sino en hacerlo cuando se sabe. La cultura intelectual nada tiene que ver con la conciencia; no suministra medios de vencer la debilidad de la vo-

luntad y, con el saber más extenso, trae también nuevas tentaciones. El sentimiento del deber está presente en todos los detalles de la vida; el imperativo «es preciso», que guía a la voluntad por la senda que ya la han trazado los buenos principios, produce una fibra tan resistente como la de la encina» (1).

Sin embargo, a la faz de todo esto, la moralidad pública y privada se fundió hasta desaparecer en el horno de las pasiones encendidas por el despojo de las masas en beneficio de unos cuantos. Mommsen dice: «Los lazos de la vida de familia se relajaron con pasmosa rapidez. El azote social de mujeres alegres y muchachos favoritos cundió como una epidemia y, de tal modo estaban las cosas, que no había posibilidad de legislar contra él». Mucho tiempo antes de César, dice el mismo autor, el matrimonio era ya por ambas partes un negocio comercial.

«El celibato y la carencia de prole se hacían más frecuentes cada vez, sobre todo en las clases superiores. En tanto que éstas habían considerado desde mucho tiempo antes el matrimonio como una carga que la gente tomaba con gusto, mirando por el público interés..... Hasta en los sentimientos de Catón encontramos la máxima a la cual atribuía Polibio, con un siglo de anterioridad, la ruina de Hellas, que es deber de todo ciudadano reunir mucha riqueza y, por consiguiente, no engendrar demasiados hijos. ¿Qué había sido de los tiempos en que la designación de «productor de hijos (*proletarius*) era honorífica para el romano» (2).

El matrimonio, tan sagrado una vez para los romanos, pasó a ser casi el más ligero de todos los lazos. Lecky, en su *Historia de la Moral europea*, condensa el asunto en unos cuantos renglones:

«Nos encontramos con que Cicerón repudia a Terencia, su esposa, porque deseaba una nueva dote; Augusto obliga al marido de Livia a repudiarla, estando ya encinta, para que

(1) *César*: Bosquejo, «Un boceto», cap. II.

(2) *Historia de Roma*, libro V, cap. XI.

él pudiera tomarla por esposa; Catón cedió a su mujer, con el consentimiento del padre de ella, a su amigo Hortensio y, cuando murió éste, la volvió a tomar; Mecenas constantemente estaba cambiando de esposas; Sempronio Sofo repudió a su mujer porque había estado una vez en los juegos públicos sin su consentimiento; Paulo Emilio tomó la misma determinación sin dar razón alguna, y se justificaba diciendo: «Mis zapatos son nuevos y están bien hechos, pero nadie sabe dónde me aprietan».

»Tampoco las mujeres se mostraban menos propicias a repudiar a sus maridos. Séneca denunció el mal con particular vehemencia, declarando que el divorcio en Roma había dejado de ser vergonzoso y que había mujeres que recordaban los años, mejor por sus maridos, que por los cónsules. Tanto los cristianos como los gentiles se hacían eco de la misma queja. Según Tertuliano «el divorcio es el fruto del matrimonio». Marcial habla de una mujer que había llegado al décimo marido; Juvenal, de otra que tuvo ocho maridos en cinco años. Pero el ejemplo más extraordinario de esta especie que se recuerda es el referido por San Jerónimo, que nos asegura que existió en Roma una mujer casada con su vigésimotercero marido, siendo ella a su vez la vigésimaprimera esposa» (1).

¿No hay en todo esto una solemne lección para nosotros? También nosotros, como Nación, empezamos con elevados preceptos de moral pública y privada; sin embargo, ¿no nos basta mirar en torno nuestro para verlos deshechos y despreciados? ¿Cuál es la significación de nuestros hermosos hoteles y habitaciones de «soltero»? ¿No es notorio que los muy ricos no quieren cargar con los cuidados y las responsabilidades que dan los hijos? ¿No se oye, como cosa corriente para explicarlo, que muchos herederos dividirían y harían desaparecer la herencia? De aquí que se tienda a que los herederos sean pocos, para que las grandes fortunas se conserven y aumenten. Y el matrimonio, tan venerado por nuestro antiguo pueblo, se ve atacado por los divorcios de gente que se da prisa a casarse otra vez, divorcios que aumentan en propor-

(1) Tomo II, cap. V.

ción sorprendente. Sin embargo, sería injusto decir que se ha llegado a la situación de Roma en cuanto a divorcios. Ni aun por la flor y nata de nuestros Príncipes del Privilegio se llegará nunca. Antes que seguir el ejemplo de Roma en su apogeo, imitemos a los antiguos franceses.

Para apreciar lo que esto quiere decir, fijémonos en lo que dice Taine en su *Antiguo Régimen*: «Que bajo el antiguo Régimen 270.000 personas constituían la clase privilegiada de Francia: las clases que oprimían al pueblo y acabaron por ser causantes de los horrores de la Revolución. Esto es, poco más, del uno por ciento de la totalidad de la población, que a la sazón era aproximadamente 26.000.000 (1).

Esas clases privilegiadas comprendían a la nobleza y al clero. Era la descendencia del feudalismo que tenía sus raíces en el suelo. La quinta parte del territorio de Francia en aquel tiempo, pertenecía a la Corona y a los Comunes; otra quinta parte al tercer estado o clase media, otra a la población rural, otra a los nobles y la otra al clero. «Consiguientemente, dice Taine, si deducimos las tierras públicas, los privilegiados poseen la mitad del reino», que «es también la mitad más rica, porque contiene casi todos los edificios más grandes y mejores: los palacios, los castillos, conventos, catedrales y casi toda la propiedad mueble, como es el mobiliario, metales preciosos, objetos de arte, obras maestras acumuladas durante siglos, etc.» (2).

Reducido a su más simple expresión, esto significa: que las clases privilegiadas de Francia, antes de la Revolución, siendo el uno por ciento de la población, poseían la mitad del territorio, casi todas las mejoras y casi toda la propiedad mueble de valor.

Rousseau sintetiza la actitud de las clases privilegiadas, respecto al resto de la población, en estas palabras: «Yo hago un convenio contigo en que todo el perjuicio es para ti y toda

(1) *El antiguo Régimen*, libro I, cap. II, sec. I.

(2) Libro I, cap. II, sec. II.

la ventaja para mí, pacto que yo respetaré mientras me plazca y que tú tendrás que cumplir hasta que yo quiera». Y como resultado de este orden de cosas tenemos la corte de Versalles. «Se dice, observa Taine, que cien mil rosas son necesarias para hacer una onza del único perfume usado por los soberanos persas; igual sucede con ese salón regio: es el frágil pomo de cristal y oro que contiene la esencia de una vegetación humana. Para llenarle ha habido que transplantar toda una aristocracia a un invernadero, haciéndola estéril para flores y para frutos, y luego concentrar en el alambique real toda su savia en unas cuantas gotas aromáticas. El precio es excesivo, pero sólo a ese precio pueden fabricarse los más delicados perfumes».

¡Cómo se parece esto a la parábola del joven Mr. Rockefeller, de que las grandes fortunas modernas se obtienen como la rosa americana de la Belleza: destruyendo casi todos los capullos que la rodean!

El precio es excesivo, en verdad. Vuelve a decir Taine: «Cada liberalidad del monarca, si se consideran los impuestos, tiene por base la privación de los campesinos; el soberano, por medio de sus empleados, quita el pan al pobre para dar coches a los ricos». Por mero e increíble descuido la cuarta parte del suelo de Francia estaba sin cultivar, según testigos autorizados. Oigamos sino el testimonio del viajero inglés Arthur Young, que recorrió la Francia recogiendo apuntes, aun después de haber empezado los primeros chispazos de la Revolución:

«Montauban de Bretagne, septiembre 5, 1788.—Una tercera parte del terreno que he visto en esta provincia parece sin cultivar, y casi toda ella está en la miseria. ¡Cuánta responsabilidad tienen por sus prejuicios los Reyes, los Ministros, los Parlamentos y los Estados, que ven en la ociosidad a millares de trabajadores que pudieran ser laboriosos y se mueren de hambre a causa de las execrables máximas del despotismo y los no menos detestables prejuicios de una nobleza feudall

»Nantes, septiembre 21, 1788. — ¡Mon dieu!, dije para mis

adentros. ¿Es posible que todós los eriales, desiertos, páramos, cenagales y matorrales por que he venido cruzando durante 300 millas, conduzcan a este espectáculo? ¡Es milagroso que todo el esplendor y riqueza de las ciudades de Francia esté tan desligado del campo! No hay gradación en las transiciones del desahogo a la comodidad, de la comodidad a la riqueza. Se pasa de un salto desde la mendicidad a la opulencia; desde la miseria, en chozas de adobes, a mademoiselle Saint-Hubert, derrochando en soberbios espectáculos 500 libras cada noche..... Maine y Anjou tienen la apariencia de desiertos.

»Mar-le-Tour, julio 13, 1789.—Subiendo a pie una larga cuesta para dar descanso a mi yegua, se me unió una pobre mujer, que se quejaba de los tiempos y de que este país es muy triste. Habiéndola preguntado por qué, me dijo que su marido no tenía más que un puñado de tierra, una vaca y un caballo; sin embargo, tenía que pagar un *franchar* (cuarenta y dos libras) de trigo y tres pollos como censo a un Señor, y cuatro *franchars* de avena, un pollo y un franco a otro, además de otras socaliñas y de otros impuestos. Esta mujer era madre de siete criaturas..... A no gran distancia podía creerse que su edad era de sesenta o setenta años, tan encorvada iba y tan arrugada y seca tenía la cara, a consecuencia del trabajo; pero me dijo que no tenía más que veintiocho años de edad».

¿Qué moralidad podía esperarse en aquel mundo pequeño, pero brillante del privilegio que vivía en la corte o a su alrededor? En algunos respectos *nil*, al menos medida por los patrones que estamos enseñados a emplear. El aristócrata francés y su mujer eran para toda la sociedad, menos el uno para el otro. La mujer a la que el hombre menos distinguía era la propia y *viceversa*. Taine cita a Mr. Bezenval, un contemporáneo de aquel tiempo, que escribía:

«Si con esto la moral pierde, la sociedad gana infinitamente. Habiendo hecho desaparecer la molestia y el entorpecimiento que causaba la presencia del marido, la libertad era absoluta. El libertinaje, tanto de la mujer como del hombre, sostenían la vivacidad social y proporcionaban diariamente picantes aventuras».

Y he aquí el paralelo en las condiciones de nuestra sociedad, como le describe un exvicario de una elegante iglesia episcopal de Nueva York:

«Todos sabemos lo difícil que es ya para uno de la *smart set* (flor y nata) inventar algo verdaderamente original en su manera de vivir, pero aquí lo tenemos. Unos recién casados de la flor y nata están enamoradísimos; pero, a instancias de la esposa, al regreso de su villa de verano, ella va a tener su propia casa y criados, carruajes, cuadras, de hecho una instalación completa y costosa para ella sola, precisamente en la calle inmediata a la que tiene su casa el marido, próxima a la avenida de los millonarios. Esta pareja a medio separar se encontrará frecuentemente siendo comensales en las mesas de otros».

¿Cómo vamos a interpretar todo esto? «Libertad, facilidades, monsieur l'Abbé: sin ellas, la vida sería un desierto». Así dijo el cardenal Rohan a su Secretario. Así estaban las cosas en Francia cuando la sotana se tomaba tanta libertad y licencia con las faldas. Lo que su Eminencia entendía por «libertad y facilidades» lo sabemos por un manuscrito que cita Taine, describiendo cómo el Cardenal disponía las cacerías en su Estado de Saverne:

«Seiscientos campesinos y guardas, formando una línea de una legua, ojeaban el terreno inmediato desde muy de madrugada, mientras los cazadores, hombres y mujeres, ocupaban sus puestos. «Por miedo de que las señoras se asustaran si se las dejaba solas, se dejaba con ellas a los hombres que odiaban menos» y, como no se permitía que nadie dejara su puesto antes de que sonara la señal, «las sorpresas eran imposibles» (1).

La gran ley, la ley inflexible para esa clase privilegiada de la antigua Francia, era que las apariencias habían de ser respetadas religiosamente. El que no estuviera en autos nada había de percibir capaz de despertar sospechas. «Cualquiera

(1) *El antiguo Régimen*, libro II, cap. II, sec. IV.

indecencia que se cometa, dice Taine, jamás se expresa con palabras, imponiéndose por sí mismo el decoro en el lenguaje, no solamente en los arrebatos de la pasión, sino hasta en la grosería de los instintos» (1).

Quien observe y medite, ¿no encontrará asunto de meditación seria en estas cosas si las relaciona con los hechos y las tendencias que ve entre nosotros?

(1) Taine presenta dos anécdotas típicas, tomadas de los manuscritos de la época (libro I, cap. II, sec. III):

«Un marido decía a su mujer: «Te permito cualquier amante que no sea príncipe ni lacayo». Comprendía que los de una y otra clase causaban deshonra por el escándalo que llevaban consigo».

«Al ser sorprendida una mujer por su marido, éste se contentó con decir: «Señora, ¡qué imprudencia! ¡Suponed que yo fuera otro hombre!»